

"un lugar de vida allí donde aparece el no lugar"

Myriam Allocco, Psicoanalista, Gabinetista de la Escuela Especial "El Puente", Asesora externa de la Casa 190, relata en un encuentro con algunos Quienes, de qué se trata este espacio (Casa 190) de la Fundación Mannoni, que ya tiene un par de años.

"... Pensando mejor, quizás no sea como fundar una doctrina sino más bien como fundar un sueño"

Mario Benedetti.

Esto hace una primera distinción, sobre esta fundación, que se viene amasando desde hace mucho, no sé desde cuándo, en mí desde que siendo residente de El Puente, en uno de los grupos de estudio me encontré con "Un lugar para Vivir" de Maud Mannoni. Yo creo que ahí se gestó esto de La 190, como un sueño. El camino que fui andando me fue encontrando y enlazando con otros que "soñaban" algo por el estilo.

Entonces es un sueño de construir un lugar para vivir; que sea un espacio propio y habitable. Que sea eso: un lugar de vida.

Un lugar de vida allí donde aparece el no lugar, allí donde la vida se enrarece de tal modo que se hace casi imposible vivirla. Allí donde lo imposible, lo más mortífero, lo más loco, rompe los espacios, destroza paredes, cierra ventanas, patea puertas, y entonces no hay casa ni cuerpo que resista, ¿cómo hacer, qué hacer?

Esa pregunta y esa búsqueda fueron sosteniendo y poniendo los cimientos necesarios para poder fundar o construir una Casa, que se llama 190. Que así, nuevamente por el encuentro y el cruzamiento de varios que todavía creemos en la posibilidad de los sueños, de los ideales solidarios y riesgosos, de las pequeñas revoluciones cotidianas como dice Javier Chialvo, de la poesía, como digo yo; "que es el espacio del lenguaje y de la libertad", como dice Bachelard en "la poética del espacio".

Como todo sueño tiene que ver con deseos, con lo inconsciente y con lo traumático de cada uno.

La 190 es eso. Es en parte una inconsciencia, un tres, una posibilidad. Un coro de muchas voces.

Es una apuesta. Por eso tiene que ver con lo que se juega en cada uno de los que han puesto "mezcla" para construir una casa abierta, que tiene muchas habitaciones, que van tomando el matiz y la trama de cada quien, la 190 es eso.

La 190 va cambiando de forma y de colores según quien la habite, fundando un cotidiano, una magia, un ritual para la vida, una celebración, un festejo, una rutina necesaria, una convivencia.

En los últimos años, los niños y jóvenes nos fueron contando sus dificultades con sus diferentes modos. Los padres también nos fueron confiando los problemas en los que habitaban. La imposibilidad de la convivencia, la locura de las relaciones.

Estos muros, estos caminos sin salida aparente, nos fueron obligando a pensar otros modos de seguir, diferentes a la internación, a la exclusión, al abandono, a la ruptura, a la expulsión. Caminos alternativos, difíciles de sostener teniendo en cuenta la realidad social, política y económica. Teniendo en cuenta las formas establecidas, las leyes que ordenan dogmáticamente. Por eso hablo de un sueño, de una apuesta, de una creencia, porque era necesario crear un dispositivo (crearlo de donde viene la palabra crear), mas allá de lo original, sí diferente a lo establecido, a lo esperado. Era necesario ir más allá. Un poco a ciegas como cuando uno va haciendo camino mientras anda y no tiene los bordes claros, no sabe con qué se va a encontrar, ni sabe que hay más allá adelante.

Era una soledad grande. Era un miedo grande. Era un no saber, o mejor: era un desconocer "sabiendo" que teníamos que intervenir, y que esta intervención que los padres y sus hijos pedían, no tenía posibilidad de ser



medida con anterioridad sino "a posteriori". En esa gran soledad de uno con esa familia que cae, uno se permite cruzarse con otros y fundar un entre varios que nos saca de la gran soledad. No de la "pequeña" que sigue.

Porque la teoría no siempre es clara y lineal para autorizarte a esa invención clínica que plantea Lacan y Freud, y el está mal, bien, es acertado o no, es una función, te persigue. Nos persigue el adoctrinamiento. Por eso también la soledad.

Bautizada así, nuevamente por el encuentro y el cruzamiento de varios que todavía creemos en la posibilidad de los sueños, de los ideales solidarios y riesgosos, de las pequeñas revoluciones cotidianas

Por suerte ciertas lecturas, ciertas discusiones, "orejas" que nos escucharon nos permiten arriesgarnos. Ciertos chicos hicieron "casa" en nuestras propias casas. Confrontaron modos, instalaron diferencias, intercambiaron rutinas y rituales. Y algo acontecía en ese ir y venir, de casa en casa, algo iba metamorfoseándose, pensándose en esa ausencia.

Surgieron dudas en lugar de certezas, aparecieron preguntas en lugar de respuestas, aparecieron los No Sé en lugar del No o Si taxativo, surgieron las diferencias entre los espacios, pequeños movimientos, otras sutilezas, pequeños detalles.

Estábamos en otro lugar, y eso permitía seguir pensando, seguir hablando, no estaba dicha la última palabra. Era posible un tres que impidiera "lo mortífero de una relación dual". Era posible un tres no porque era mejor o más bueno, simplemente porque era un tres y abría la serie. Abría la puerta para ir a jugar, pintaba una pared, abría una ventana, para que hubiera un respiro.

Había otra cosa... En ese respiro era posible seguir la pregunta, tanto con el niño o joven, tanto con sus padres. Allí fue tomando consistencia una Casa. Para esos momentos cristalizados, "desoxigenados"

El centro de operaciones se fue dando dentro de los espacios de la escuela. Por eso es difícil separar La 190 de El Puente. Y no se todavía si hay que separarla. Así surge, y esa es su función: servir de refugio de las tormentas. Encontrar otros modos posibles de estar, abrir distancias, donde sea posible poner otras cosas dentro de ese campo loco. Su función es albergar el tiempo que cada uno necesite. Fundando una pared, un rincón, un umbral, donde ese sujeto pueda ser acogido de un modo vital y no desde su diagnóstico o desde su locura solamente (aunque ésta tenga un espacio también, lo tiene desde otra mirada y eso abre otra escena posible).

¿Quiénes la habitan?

Curiosamente o no, para quien fue pensada la casa en ese tiempo, no la usó. Participó de su fabricación pero no le hizo falta habitarla.

Pero en fin, para aquellos que por diferentes motivos han llegado a un punto de ruptura con los lazos que los sostenían de alguna manera, y la posibilidad de trabajar con la familia y con el hijo se dificulta de tal manera que no se puede seguir "pensando", que no se puede seguir "simbolizando". La locura pone ese límite inabordable, demasiado real, demasiado gozoso. Donde sólo una distancia permite seguir pensando algo respecto de lo que se juega allí.

Se la piensa como una casa, porque eso es lo que está estallando, la casa, la familia y sobre todo el sujeto, sino se pensaría otro dispositivo, un acompañamiento a un taller, otra escuela, un psiquiatra, tratamiento para los padres, etc.

Justamente lo que está en riesgo es lo que acontece en el encuentro (desencuentro) del sujeto con su familia y viceversa, es algo que acontece en el "entre" y por eso se necesita una separación más del lado de Fort Da. Jugar en ese espacio enunciado como un elástico que sea posible acercar y alejar sin necesidad que se rompa.

Una casa, no es un encierro. No está cerrada salvo para el cuidado necesario de los habitantes de la misma y de las cosas que en ella hay. Es un lugar para vivir, y uno la piensa, según cada caso, si puede salir y volver sólo, en qué horarios, si todavía necesita ser acompañado o sólo "mirado", si puede ir hasta dos cuadras y no más. Si puede tener llave, etc. Como en una casa, cuando hay menores, como cuando hay adolescentes, según las posibilidades de éstos de moverse solos, de dejar encargos, de hacerse responsables, de lo que se espera de una convivencia, con derechos, obligaciones, etc.

La 190 va cambiando de forma y de colores según quien la habite, fundando un cotidiano, una magia, un ritual para la vida, una celebración, un festejo, una rutina necesaria, una convivencia.

Pensar el dispositivo como una casa lleva a muchas discusiones, teorizaciones, contradicciones, confusiones, ambigüedades. Porque fundar un cotidiano es tan personal, tan subjetivo y cada uno lleva una casa en la cabeza, la propia. Entonces la amalgama no siempre encaja, siempre hay resquicios que generan dudas, zozobras, desasosiego, como dice Pessoa.

La casa intenta dar cobijo, acoger, amparar, ofrecer refugio, hospedar. "Hospedarse" en la propia morada (o acogerse como huésped de uno mismo). La locura no encuentra hospedaje, es experiencia de una ajenidad.

Pero se trata de eso, de una casa donde es posible hablar muchas lenguas y esa posibilidad es lo que quizás se vuelve acto terapéutico, se vuelve una intervención en sí misma porque vuelve a funcionar como un tercero necesario para que las relaciones no se vuelvan mortíferas. La casa, la 190, es el acto terapéutico. Ese es el dispositivo.

Como todo dispositivo entre varios lleva a ser trabajado, estudiando por un lado, hablando sobre el acontecer, pensando sobre el sí mismo, con otros que están más afuera pero que facilitan por ello los espacios del decir necesarios.

Estos muros, estos caminos sin salida aparente, nos fueron obligando a pensar otros modos de seguir, diferentes a la internación, a la exclusión, al abandono, a la ruptura, a la expulsión.

Y entre los de adentro pensarse cada uno, porque la casa nos lleva por caminos misteriosos des-encontrados, como convivientes (como dice una de las jovencitas de la 190), amigos.

Y todo eso no está claro con antelación, uno va armando y desarmando eso, quizás tenga que ver con una institución "estallada": algo que hace un encuadre y algo que se oferta a la sorpresa, que no está dicho, que abre la hiancia para lo insólito. Y los que estamos involucrados tenemos que trabajar sobre estos conceptos, para no perder espontaneidad, pero también para no perderlos en lo imaginario todo el tiempo, ni en el individualismo (totalmente diferente a la individualidad). Sin perder aquello que Allouch plantea hablando sobre transferencia psicótica: "compañeros de aventuras", sin perder la posición de adultos que hacen de una función de sostén y de acompañamiento.

Desde allí la 190 creo que puede entonces relacionarse con las escuelas y las familias, con el gabinete donde trabajan los chicos o con sus diferentes terapeutas (psiquiatras, neurólogos, analistas, médicos, etc.)

Entre esos varios uno va moviéndose para continuar.

Cada caso pensado entre varios (gabinete, equipo de escuela, 190, entre otros) permite hacer un seguimiento particular e ir intentando algunos artefactos, ciertos artilugios que le van poniendo tope al goce, a ese Real que acecha siempre todo el tiempo; y entonces uno inventa para alejarlo un poco más allá y encontrar ese respiro necesario para vivir.

"Debemos estar locos para compartir este mundo, y si queremos practicar una terapia forzosamente tenemos que compartirla y por largo tiempo" dice Winnicott. Este estar concernido es lo que forma al equipo.

Como dice Mannoni ningún título (ninguna formación universitaria o técnica) puede garantizar al adulto que afrontará con serenidad e incluso competencia su relación con el sujeto en dificultades. Por eso el trabajo con uno mismo y el trabajo junto con los otros, con los que compartimos el espacio laboral, es lo que nos permite sostener y avanzar en la 190. Intercambiando posiciones y dudas, y estudiando. No es fácil. Hay que seguir deseando. "Lo imposible solo tarda un poco más", dice Juarroz.

Por eso necesitamos lazos que nos den una mano, para seguir viviendo y gente que siga fundando otras "190".

Ya que lo que aquí acontece en estos sujetos con serias dificultades, o en riesgo, es que ha habido un fracaso en las innumerables situaciones de acogida simbólica y reales que necesita un niño para crecer. Pequeñas o grandes catástrofes que no fueron simbolizadas, y entonces es éste un lugar de vida donde no se plantea enderezarlos o rescatarlos, donde no nos hace falta la medicación apresurada para calmar, donde nos podemos permitir alojar la locura (gracias al trabajo en equipo, las supervisiones, el psicoanálisis que nos atraviesa a todos de alguna forma, aunque este atravesarte sea por lo propio vivido, por la literatura, por la institución). Porque cada uno de nosotros necesita hacerse lugar a un hospedarse en el propio desamparo. Y en la 190 hay espacio para eso.

Ya que lo que necesitan estos chicos no es que se lo cure sino que se trata de "estar con ellos", de saber acompañarlos en su desamparo (esto le dice Winnicott a Mannoni). Muchas veces recibir esa crisis de X o Y permitió que se encontraran otros modos de estar.

De algún modo eso es lo que yo decía antes sobre no perder lo espontáneo, tiene que ver con la sanación. Winnicott habla de eso, de valorar las vicisitudes del vivir (trabajar, crear, jugar, conversar, compartir) como parte activa de esas vicisitudes, como oferta de "cicatrizaciones".

Lo que cura "es la vida misma" dice Groddeck. La casa se libera de un método, aunque eso deba ser revisado casi semanalmente en el trabajo en equipo, incluyendo en el mismo, la dimensión clínica.

La casa crea y sostiene un circuito simbólico de intercambio como factor estructurante de la subjetividad y bueno... esa oferta es terapéutica ¿no?

Es una cuestión ética donde se intenta demoler con las tendencias de segregación de cualquier forma de institucionalización de la enfermedad.

Así acompañamos a nuestros huéspedes que se hayan en dificultades. Con la idea de que puedan volver de algún modo (diferente al que los expulsó) a sus hogares.